

PROMETEO DESENCADENADO

Por Carlos FUENTES

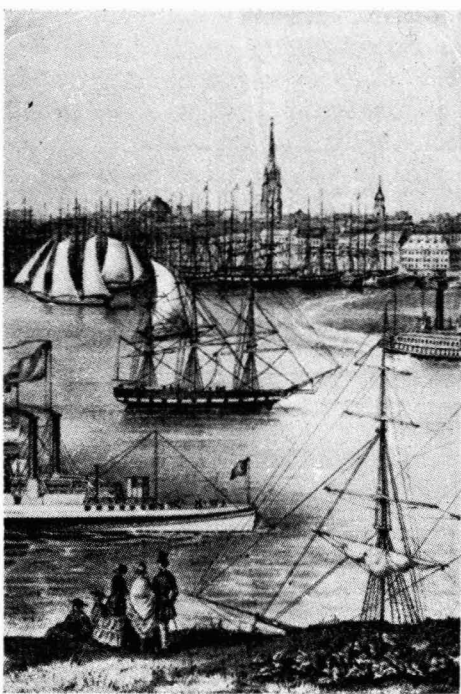
MOBY DICK es la historia de la lucha entre el Capitán Ajab y la ballena blanca.

La fórmula concentrada podría decirlo todo, o nada, acerca de la más extraordinaria obra creada por la literatura norteamericana del siglo XIX. ¿Qué es *Moby Dick*? Es una gran aventura marina. Es un gran reportaje sobre la industria ballenera. Es un gran canto a la naturaleza, al trabajo y a la dignidad del hombre. Es una gran obra simbólica de la condición humana. Es una profecía inclinada sobre las inminencias de nuestro tiempo. Es un corte profundo de la textura espiritual y política de los Estados Unidos de América. Pero la enumeración sólo puede ser limitativa: *Moby Dick*, obra de arte perdurable y transmisible, posee validez dentro de una proyección infinita de niveles de comprensión. Hoy, para nosotros, tiene una pluralidad de significados que no fueron, o serán idénticos a los que hombres pasados o futuros habrán visto o verán en la novela. Intentaremos, por esto, la escueta aproximación, de los niveles más aparentes hacia el centro de la obra: la lucha de Ajab contra Moby Dick.

El más vasto, insondable y desnudo: el escenario es el mar. Agua y meditación —afirma desde las primeras páginas Ismael, el narrador—, están unidos para siempre. Melville nos sitúa ante el espectáculo eterno y *sin embargo, tan nuevo*. La tradición de Homero y Camoens, los autores que al lado de Shakespeare iluminan verbalmente a Melville, se prolonga en esta naturaleza abierta, generosa, poblada de rumor cromático. Mar bienhechor, ruta anhelada: *Llueve apaciblemente a Sotavento. ¡Qué vista maravillosa! Debe conducir a algún lado... a algo mejor que la tierra común, más próspero y floreciente*. Pero también, mar destructor y terrible, que se levanta *como lenguas enhiestas de serpientes enfurecidas*, que destruye a sus propias criaturas, aun a las más potentes ballenas, estrellándolas contra las rocas y las ruinas de las naves naufragadas. El mar es el elemento de continua recreación poética y de asimilación humana cuyo murmullo infinito Jonás, delante del Señor, conservaba como dos caracolas en los oídos. Es, por fin, espejo del hombre: espejo en el que se puede reconocer al mundo entero o sólo la tumba de Narciso.

Los hombres van al mar a cazar la ballena y a extraer, de su aceite, la luz. Detalladamente, con paciencia jobiana, Melville acumula los datos precisos acerca del cetáceo, la caza y la industria de a bordo. De la clasificación minuciosa de las ballenas y de su historiografía, se pasa a la descripción, interna y externa, de un ejemplar de la especie; de la descripción individual, a la sociología: las escuelas de ballenas, su vida erótica, sus costumbres colectivas, el nacimiento del pez en una laguna indonesica. El hombre se enfrenta a la ballena en la caza, y las escenas respectivas poseen una belleza homérica: *Oleadas escarlatas surgían ahora de los flancos del monstruo como arroyos de las vertientes de una montaña... la sangre burbujeaba, hirviente,*

a trechos largos, fundida en la estela del bote. Los oblicuos rayos solares, jugando en aquel estanque carmesí del mar, se reflejaban sobre los rostros de los hombres que, a su vez, parecían canjearse destellos, como si todos fuesen rojos. Los botes balleneros, la técnica del arpón, la línea, el amarre de la ballena al flanco del barco, el acoso de los tiburones, el traslado de las partes útiles del leviatán a la cubierta, el funeral del monstruo, pasan revista en una prosa exacta y rica. Ahora comienzan a trabajar los hombres. Se extrae el rico esperma de la cabeza que cuelga, como un gigantesco Holofernes, de proa. Los per-



Vista de Nueva York en 1850

nos arrancan las tiras aceitosas del cuerpo. Los trabajadores enrollan la manta en la cámara de esperma. Entre los palos de trinquete y mayor, comienzan a trabajar las refineras. Los restos de la ballena arden en su propia grasa, y todo el barco semeja una sábana llameante.

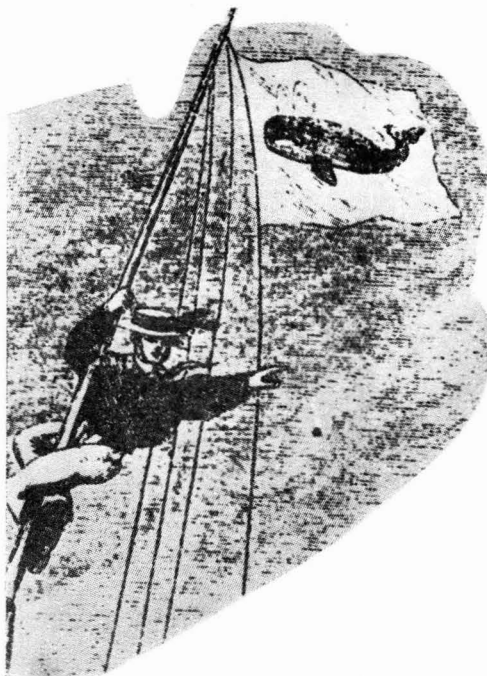
Melville está escribiendo una prosa épica. Sólo que, a diferencia de la épica clásica, que celebra las virtudes marciales, éticas o políticas, esta es una épica industrial y democrática, que celebra el dominio de la naturaleza por la técnica. En este nuevo mundo, la *areté*, la nobleza, no es obra de la jerarquía sino, precisamente, de la fraternidad entre hombres de razas y orígenes diversos. El trabajo común coloca a todos en situación común. Indios, tahitianos, holandeses, chilenos, españoles, norteamericanos: la tripulación del ballenero "Pequod" incluye a todos los hombres, trabajando, lado a lado, en una empresa industrial. La *areté*, la nobleza democrática —está afirmando Melville— se da en los capitaneos de industria, en los exploradores, en los cazadores. No es, por ello, fortuito que compare, en un bellísimo capítulo, al mar con las praderas. En éstas, se estaba desarrollando en el siglo XIX la épica norteamericana. Sus héroes, Bunyan, Houston, Crockett, eran hombres

comunes dotados de *areté* por su arrojo, su visión económica, su capacidad para el trabajo organizado. Y dirigían la expansión de un pueblo mestizo, cuya población, como la del "Pequod", comenzaba a integrarse de la más variada inmigración.

Ismael encarna la dignidad del hombre en el trabajo. Va al mar como simple marinero, asumiendo con exactitud su destino, listo frente al mástil, hasta lo más profundo del castillo de proa, en lo más alto del palo mayor. Su dignidad reside en este destino libre y, a la vez, determinado: *A'whaling I must. Debo ir a la caza de la ballena*, afirma con sencillez. Un destino aceptado con humor: *En este extraño y confuso asunto que llamamos la vida —piensa Ismael— hay ciertos momentos en que el hombre considera al universo entero como una enorme broma pesada, aunque apenas vislumbre en qué consiste la broma y tenga más de una sospecha de que el chiste es a sus costillas.* Humor, sí, pero sin ilusiones: *¿Quién no es un esclavo?*, piensa en seguida el narrador. Consciente a un tiempo de su enajenación material y de la libertad de su espíritu, la solución de Ismael se encuentra en la solidaridad. Los capítulos iniciales describen la firme amistad que el joven marino trava con Queequeg, el caníbal arponero. A las pocas páginas, Queequeg da una demostración práctica de solidaridad al salvar de las olas al insolente que, momentos antes, se burlaba del salvaje. *En el mundo, todos estamos en deuda con todos. Los canibales debemos ayudar a estos cristianos.* Planteando el tema, los grandes capítulos dedicados al trabajo común no hacen sino desarrollarlo en vivo. Recordemos, entonces, que es un mundo asentado en la solidaridad democrática el que rodea, y acompaña, al Capitán Ajab en su loca persecución de Moby Dick. Que es un microcosmos integrado por todas las razas el que se deja llevar de la mano hasta la destrucción frente a la ballena blanca.

El "Pequod" parte de Nantucket, Nueva Inglaterra, en un largo viaje que habrá de llevarlo, a través del Atlántico Sur, del Cabo de Buena Esperanza, del Océano Índico y de los Estrechos, hasta los terrenos del Pacífico en los que Moby Dick suele acampar. El comandante del barco, Ajab, no tarda en informar a la tripulación que el verdadero propósito del viaje no es cazar la mayor cantidad de ballenas, sino dar muerte a Moby Dick. El fuego demagógico de Ajab comunica un sentido de cruzada a los tripulantes. El ofrecimiento de un doblón de oro, clavado al palo mayor, para quien primero divise a la ballena blanca, estimula el apetito de la marinería. ¿Ha pervertido Ajab la misión del "Pequod"? Así lo pensarían los dueños del barco, los capitanes Peleg y Bildad. Estos cuáqueros farisaicos representan, en su mezquindad, el mundo del individualismo superficial que la nave ballenera y su variada tripulación dejan atrás. Melville nos enteramos de que para Peleg y Bildad una cosa es la religión de un hombre y otra, muy distinta, el mundo práctico. No se entiende por esto que practican a un tiempo la religiosidad interna y la mundanidad exterior. Peleg y Bildad no son católicos mediterráneos, sino puritanos nórdicos, lo cual equivale a decir que aquella ecuación se invierte: su religiosidad es

externa, su mundanidad interna. Peleg, por ejemplo, ha recorrido el mundo con su careta de cuáquero norteamericano, inmune a toda influencia extraña: en su vida, el océano y la vista de muchas islas adorables y desnudas, más allá del Cabo de Hornos, no sólo no habían conmovido un ápice al cuáquero que llevaba dentro, sino que tampoco habían alterado un pliegue de su vestimenta. Estos *businessmen* del siglo XIX, turistas que han mirado al mundo sin ver nada, se sienten autorizados para dictarle al pagano Queequeg, el hombre sospechoso que no participa del mundo aséptico de los Estados Unidos, sermones incomprendibles a la conciencia del polinesio: ¡Hijo de las tinieblas! —exclama Peleg—, tengo que cumplir mi deber con respecto a ti; yo soy copropietario de este barco y me siento obligado a velar por las almas de sus tripulantes; si aún te apegas a tus métodos paganos, cosa que me temo, te imploro que no seas ya el amigo de Belial... apártate de la cólera venidera... ¡Por Dios, navega lejos del pozo atroz! Queequeg, a todo trance, ha de ser salvado, incorporado al mundo de los "buenos" norteamericanos, aun a su pesar. El estilo admonitorio y la disposición anímica del copropietario del "Pequod" nos son bien conocidos. Más adelante, Melville se burla del ciego utilitarismo de Peleg y Bildad: No desfonden los botes inútilmente, arponeros. Sean prudentes en la caza, marineros. Las tablas de cedro han aumentado un buen treinta por ciento este año. No se olviden de rezar tampoco... No pesquen demasiadas ballenas en día domingo, hombres, pero no vayan a despreciar una buena utilidad, porque eso sería despreciar los dones del cielo... Si tocan las islas, señor Flask, tengan cuidado de no fornicar... Esta admirable tirada satírica, ¿qué hace si no poner de relieve la insuficiencia de una actitud en la que el afán de justificarse, de sentirse inocente, confunde lo infinito dentro de lo finito, la gracia de Dios con el precio comercial del cedro? Pero el propio Melville no es ajeno a la falta de comprensión que censura. En verdad, las batallas de Aya-cucho y Maipú jamás tuvieron lugar,



"la odiada meta de tanta energía"

pues, según nos informa el autor, sólo gracias a la acción bondadosa de los balleneros norteamericanos se estableció la "democracia eterna" en Perú, Bolivia y Chile. La exageración no engendra acertados vaticinios.

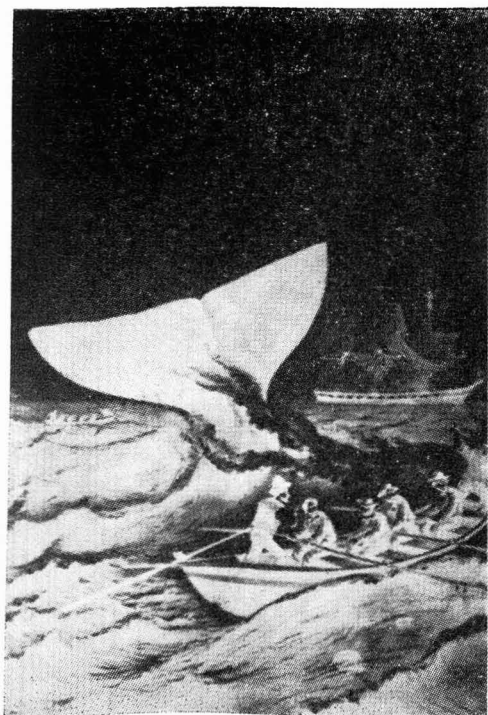
Pero también Starbuck, el primero de a bordo, desconfía de los propósitos de Ajab. Yo vine a cazar ballenas —dice—, no a la venganza de mi capitán. ¿Cuántos barriles le dará su venganza, si la obtiene, Capitán Ajab? No le conseguirá mucho en el mercado de Nantucket. Pero el pragmatismo de Starbuck carece de la fuerza moral necesaria para apagar la flama de Ajab. La virtud de Starbuck, desprovista de contenido orgánico, es tan irresponsable como la mediocridad de Flask o la alegría indiferente de Stubb. Starbuck, pese a sus convicciones de hombre bueno, pese a su arraigado sentido común, se deja arrastrar por Ajab a la venganza y a la muerte. Con el mosquete en las manos, una noche, Starbuck apunta hacia la cabeza dormida de Ajab. Ante el César norteamericano, Starbuck es un Bruto incapaz de resolución: ¿Pero no hay otro medio? ¿Un medio legítimo?, se pregunta. Un recuerdo lo impulsa al asesinato: la mujer, los hijos, el hogar. El recuerdo nutre el deseo: regresar a ellos. Pero el ordenamiento moral puede más: Starbuck desiste. Ajab prosigue, indiferente a la moral, al recuerdo o al deseo, la carrera desenfrenada hacia el desastre. No serán la bondad o el egoísmo mediocres, ni la opinión sensata, los que puedan evitar la tragedia.

El viaje del "Pequod" comienza a cargarse de premoniciones. Desde el muelle, un anciano, Elías, ha intuido el sombrío destino del barco. El doblón ecuatoriano refleja, para Starbuck, la escritura de Baltasar. El fanático Gabriel predice, desde el "Jeroboam", el desastre. Queequeg manda construir su propio ataúd. El vapor ardiente de la fragua en la que se prepara el arpón destinado a Moby Dick, se dispara hasta el rostro de Ajab como el chorro de una ballena: ¿Quieres quemarme, Perth —pregunta el Capitán—. ¿Acaso he forjado el hierro destinado a marcarme?: la alusión bíblica es muy clara. Ajab ha metido de contrabando al barco a un equipo de salvajes parsis, capitaneados

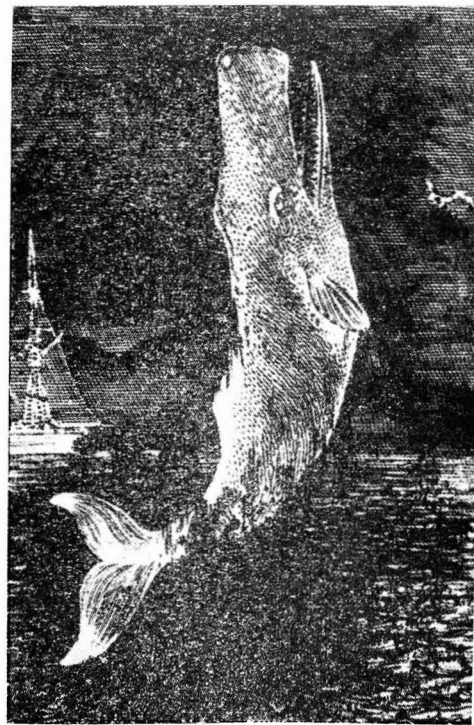
por Fedala; los reserva para dar caza a la ballena blanca. Fedala agolpa todas las premoniciones ante los ojos del anciano Ajab, cuando dice: *Un ataúd flotando en el océano, con las olas como acompañantes mortuorios*. Predestinado, Ajab destruye el cuadrante. La llama blanca del fuego de San Telmo, al incendiar las puntas de los mástiles, es ya un anuncio para todos. Y el sentimiento de tragedia inminente se condensa, al cabo, en la locura del juglar: Pip, el muchacho negro, el imbécil hijo del sol, llevado de la mano por Ajab, el maniático del Norte. El símbolo expresado por D. H. Lawrence es exacto. Pip, el inocente, el loco, es el compañero fatal de Ajab, el orgulloso, el Prometeo blanco. A semejanza del bufón del Rey Lear, por su boca escuchamos la profecía y la verdad. ¡Oh, Pip! —exclama el autor—. ¡Tu visa detestable, tu mirada ociosa pero infatigable, todas tus mojigangas extrañas se mezclaban, en forma que no carecía de significación, con la tragedia sombría del barco melancólico, y burlábanse de él!

Surge entonces, querida por Ajab, inventada por Ajab, la enorme Ballena Blanca que a nadie busca, que flota eterna, ubicua en el espacio, ubicua —inmortal— en el tiempo. Su flanco, un bosque de lanzas; su cuerpo rayado, manchado, con la tonalidad de la mortaja; su mandíbula deforme; su frente blanca y arrugada; su joroba piramidal y blanca, abstracta, ambivalente, inocente y corrupta, inmenso cuerpo del color que contiene todos los colores: el color sin color. ... existencia antemosaica, inimaginable de la ballena que, por haber existido antes que el propio tiempo, existirá necesariamente cuando el tiempo haya expirado.

Pero todo —el vasto escenario, el microcosmos del "Pequod", el clima de premoniciones, la minuciosa información— circula por las páginas de *Moby Dick* como un acercamiento, de creciente densidad, al personaje galvanizador: el Capitán Ajab. Intrépido y maldito, triste héroe y seguro condenado, Ajab unifica y da sentido a la obra. Desde su primera aparición, se revela el ser extraordinario, casi heroico: *Un hombre*



"la carrera desenfrenada hacia el desastre"



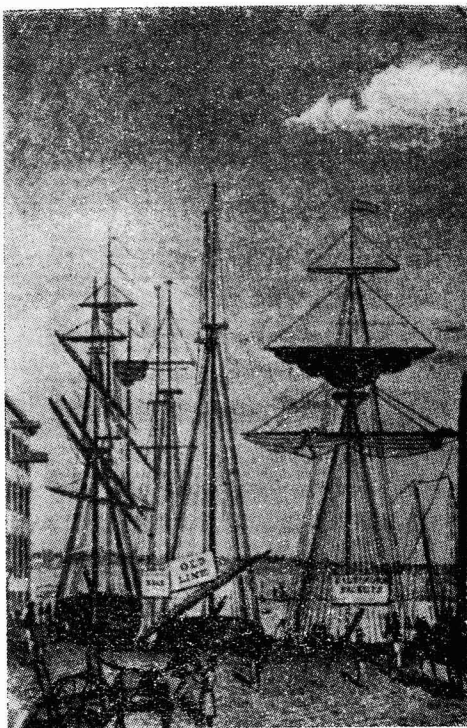
"la enorme Ballena Blanca que a nadie busca"

grande, ajeno a Dios, semejante a Dios. El rostro quemado de un madero que el fuego no ha logrado consumir. La marca delgada y lívida que cruza la cara. Los cabellos grises. La pierna de marfil. Heroico: *Su cuerpo alto y ancho parecía hecho de sólido bronce y fundido en un molde inalterable, como el Perseo de Cellini.* Y sobrehumano: *... lo que en ti será grande deberá ser arrancado a los firmamentos, y buceado en las honduras, y figurado en el aire incorpóreo!* No cabe duda: estamos ante un personaje que, más allá de las ataduras de la caracterización, resume un estilo humano, una situación radical del hombre.

Ajab, en primera instancia, aparece como un hombre voluntarioso, independiente, afirmativo —suficiente en sí mismo, *self-reliant*, diría Emerson al proponer el ideal norteamericano—. Este hombre que sólo depende de su acción va a la cabeza del barco de los hombres que necesitan unos de otros. El ir y venir de Ajab por la nave, las palabras de sus monólogos, producen un ruido extraño, como si su vitalidad interna zumbase. Es un comandante práctico y eficaz, a la altura de su misión, capaz de enfrentarse a todas las vicisitudes de un viaje largo y peligroso. Pero, por encima de su tarea pragmática —*know-how*, eficacia técnica— Ajab corre por los mares en busca de Moby Dick, la ballena que lo mutiló. *Moby Dick, deslizándose su mandíbula inferior en forma de hoz, según la pierna de Ajab como lo hace una guadaña con la brizna de pasto en el campo.* El viaje de Ajab es el viaje de la venganza y del odio —odio y venganza que, con una lucidez frenética, comunica a su tripulación: ¡*Beban arponeros, beban y juren, ustedes que tripulan la mortífera proa del bote ballenero! ¡Muerte a Moby Dick! ¡Qué Dios nos persiga si nosotros no perseguimos a Moby Dick hasta su muerte!* Sin más beneficio de propaganda que su presencia llameante, Ajab comunica a la tripulación un sentimiento místico y salvaje: cada marinero siente que el implacable odio del capitán es suyo.

Nada puede detener el afán de venganza de Ajab; ni las premoniciones, ni el buen sentido de Starbuck, ni las temibles descripciones que del enemigo hacen los tripulantes de otras embarcaciones. La voluntad de Ajab sólo atiende sus propios dictados. El activismo individualista debe llegar a su extremo afirmativo: la muerte de la ballena blanca, del "otro". ¿Qué mejor prueba de yo que la supresión de no-yo?

Pero ¿quiénes son los contendientes? ¿Quién es Ajab? ¿Encarna, como se ha querido ver, la voluntad humana contra la naturaleza ciega, el afán de domar lo irracional en beneficio del hombre? Esto equivaldría a identificar a Ajab con el bien y a la ballena con el mal, es decir, a hacerle el juego al maniqueísmo en el que la acción del capitán se funda. El problema no está allí. Ajab lo ve con mayor claridad: *Piensen que estoy loco... pero yo soy demoníaco: ¡yo soy la locura enloquecida! ¡Esa locura salvaje que sólo se calma para comprenderse a sí misma!... ¡Yo corro! ¡No temo un obstáculo! ¡No temo un sólo ángulo de este camino de hierro!... Tengo el privilegio de la alta percepción... pero me falta la humilde capacidad de gozar... estoy maldito en medio del paraíso.* En este monólogo,



"Mar bienhechor, ruta anhelada"

Ajab se coloca frente a sí mismo, pero su deseo de conocerse no logra superar la soberbia embriaguez que su autosuficiencia individual le produce.

¿A qué se enfrenta esa acción voluntariosa? ¿Qué es Moby Dick? No es, tampoco, el mal. Melville se encarga de subrayar la esencial ambigüedad de la ballena blanca, variada como la naturaleza misma, hermosa y terrible, fuente de riqueza y de destrucción, dotada de una mansa alegría y, también, de un terror impronunciable. La ballena, como advierte Starbuck, no busca a Ajab; es él quien la busca, y sobre ella arroja los signos de un mal irremediable: *Para el viejo Ajab, lo que más enloquece y atormenta, toda verdad maliciosa, todo lo que agrieta las circunvoluciones y empasta el cerebro, todo el sutil demonismo de la vida y del pensamiento, todo mal, estaba encarnado en Moby Dick, y merecía la más rotunda agresión. Acumulaba sobre la joroba blanca del cetáceo la suma de toda la inquina y el odio sentidos por la raza entera, desde la lejanía de Adán...* Indicado el mal por la voz del hombre que sabe, del hombre superior, no queda sino dedicar la vida a su supresión. Nada importa que en ello vaya la muerte del profeta y de su grey; nada valdrán las advertencias de las voces sabias. Pues Ajab es gnóstico, maniqueo y puritano: es el concentrado de la vertiente individualista y anti-orgánica de la modernidad. Ajab se llama Calvino y Locke; se llamará Hitler y MacCarthy.

Como gnóstico —dotado de alta percepción— Ajab revela el conocimiento salvador: hemos venido al mundo a dar muerte a la ballena blanca. Y si la ignorancia es el mal, el mensajero del conocimiento es el bien encarnado, el mediador de la gracia. Pero el hombre que sabe es también el predestinado, el que se ha salvado de antemano: criatura de Dios, su elección lo hace divino en la tierra. Ajab, como maniqueo, divide al mundo en buenos y malos sin redención y compromete todos los esfuerzos en la lucha contra el mal designado: la ballena blanca, las brujas, los judíos, los rojos... Ajab, el puritano, asume la obra de Dios en el mundo. La gracia

divina no es suficiente y requiere la intervención activa del gnóstico, del elegido, para suprimir el mal y asegurar el triunfo del bien. Y el bien es el propio yo que sabe discernir el bien del mal. Pero Ajab, por último, es también un romántico que propone su ideal subjetivo como valor universal.

Y sin embargo, la odiada meta de tanta energía no es sino un fantasma proyectado por la locura del conductor. Nos dice Melville: *Ajab alentó un loco afán de venganza contra el cetáceo, tanto más que, en su frenética morbosidad, llegó a identificar en Moby Dick, no sólo sus males corporales, sino también todas sus angustias intelectuales y éticas. La ballena blanca ondulaba ante él como si fuese la encarnación monomaniaca de todas las maléficas potencias que ciertos hombres profundos sienten roer dentro de sí mismos...* Estamos en el punto neurálgico del problema: la ballena blanca no existe. Es un fantasma que ondula ante la imaginación de Ajab, es una proyección de Ajab. Es el mal de Ajab encarnado a fin de justificar su acción de odio y locura. Es Ajab contra Ajab. Exactamente dice Starbuck: *Pero que Ajab desconfíe de Ajab. Desconfía de ti mismo, anciano.* El capitán ha desplazado hacia la ballena el mal que en sí mismo existe. Ajab quiere justificar su inocencia de norteamericano puro, agente de Dios, enemigo del mal. Quiere sentirse fuera del mal y desembarazarse de su propio sentimiento de culpa atribuyendo el mal de Ajab a la ballena.

Porque Ajab es también —suma de las sumas norteamericanas— un calvinista que siente su raíz, su entrada al mundo, como un acto teñido de pecado. Y el hombre consciente del pecado sólo tiene dos caminos: asumir su culpa y sentir que con ella asume una condición común a los hombres, o negar la culpa y justificar su inocencia. La situación del pecado puede ser una manera de ligarse al mundo y a la fraternidad. Para el calvinista, es una separación singular de hombre a hombre. Es una manera de aislar a cada quien en virtud de una salvación que siempre ha de ser singular: mi salvación, nunca nuestra salvación. Melville ha situado su drama en este centro moral. En Ajab ha dado vida al predicamento, no sólo del norteamericano, sino del hombre moderno, preñado a escoger entre el camino de su afirmación individual o el de su condición solidaria. Ajab ha escogido el primero.

¿Cuál es el mal de Ajab, el que ha identificado en Moby Dick? ¿Y cuál es la consecuencia inevitable de ese mal? El mal es el orgullo. Melville lo califica abiertamente: *fatal pride*. La situación más evidente de Ajab —la del capitán ballenero— nos advierte ya sobre esto. Ajab va en busca de la luz, del aceite de las ballenas; y va también a la caza del monstruo blanco, desafiándolo todo. La alusión mitológica de Melville es explícita: *¡Qué Dios te ayude, anciano! Tus pensamientos han engendrado una criatura en ti; y tu intenso pensamiento te convierte en Prometeo; un cuervo se alimentará para siempre de tu viscera; ese cuervo es la misma criatura que creaste.* Ajab es grande; como el dios de la mitología, quiere dar una voz al hombre. Pero al hacerlo, ha sobrepasado los límites del hombre. Siente la tentación de identificarse con Dios. Para ello, debe

realizar una acción sobrehumana, implacable, teñida de la venganza del Dios calvinista: matar a Moby Dick.

Este Prometeo norteamericano, imbuido de un sentimiento mesiánico (*Yo soy el lugarteniente del destino* —le dice a Starbuck—; *no hago sino cumplir órdenes*), ansioso de justificar su inocencia mediante un fantasma del mal que cargue con su propia culpa, este Prometeo que embarca a todas las razas en la persecución de su delirio individual, este activista gnóstico y maniqueo, ha perdido, en el orgullo, la distinción entre su yo y el mundo objetivo. Estas, a un tiempo, la realidad profunda de su vida y la consecuencia clara de su orgullo, de su transgresión. Melville se cuida, desde las primeras páginas de la novela, de destacar el mito de Narciso, quien, al no poder asir la *imagen suave y atormentada* que veía en la fuente, se zambulló en ella y pereció ahogado. El narcismo —o, más generalmente, la falta de adecuación de la personalidad al mundo objetivo— es el reflejo del orgullo de Ajab. Melville distingue dos actitudes. Ismael, en un momento de la obra, siente, desde su puesto de vigía, la atracción del vasto mar que refleja su mínima figura, multiplicada en las olas y en la oscuridad. Va a caer, presa del vértigo, cuando reconoce la diferencia entre su ser y el mundo, entre Ismael y el Océano. Ajab no la reconoce. El orgullo lo ha aislado del mundo. Su mundo se limita a la imaginación alimentada por el rencor. El mundo real ya no existe para él. Ajab ha encajonado el universo infinito dentro de lo más finito: la vida de un hombre. En el fondo del espejo, sólo distingue su propio rostro o la silueta fantasmal de una ballena que proyecta la individualidad de Ajab. Y al sentir que él es el mundo, sentirá la necesidad de dominarlo. Ante los símbolos del famoso doblón ecuatoriano clavado al palo mayor, el capitán exclama, hipnotizado por su ego: *La firme torre: eso es Ajab, el volcán: eso es Ajab; el gallo victorioso, valiente y denodado: eso es Ajab. Todo es Ajab*. Ante los mismos símbolos, el parsi Fedala descubre el fuego de su rito; el negro Pip la imposibilidad del conocimiento; Ismael la separación de un mundo dualista. Y Stubb piensa en la cantidad de tabaco que podría comprarse con el oro. Ajab sólo se identifica a a sí mismo.

El orgullo es gemelo del solipsismo. Y la novela, en este plano, constituye una profunda crítica de las filosofías individualistas y anti-sociales que sirven de fundamento, en parte, al mundo moderno, y radicalmente a los Estados Unidos de América: Locke, Berkeley, Hume. Si la realidad no es sino mi percepción de ella —si mi percepción define al mundo, si la sustancia mental privada es la única base de la conciencia, estoy en libertad para imponer a todos mi percepción: carezco de cualquier otra garantía de verdad. Ajab, fundado en la libertad de su yo, acaba por transgredir la libertad de los demás, porque los demás sólo tienen existencia gracias a que Ajab los percibe. Todos los hombres no son sino creaciones de la sustancia mental activa de Ajab. Ajab, en consecuencia, tiene derecho a disponer de la vida y de la muerte de los hombres.

Y Ajab está solo entre los millones que pueblan la tierra, ¡solo, sin la vecindad de dioses o de hombres! ¡Frio,

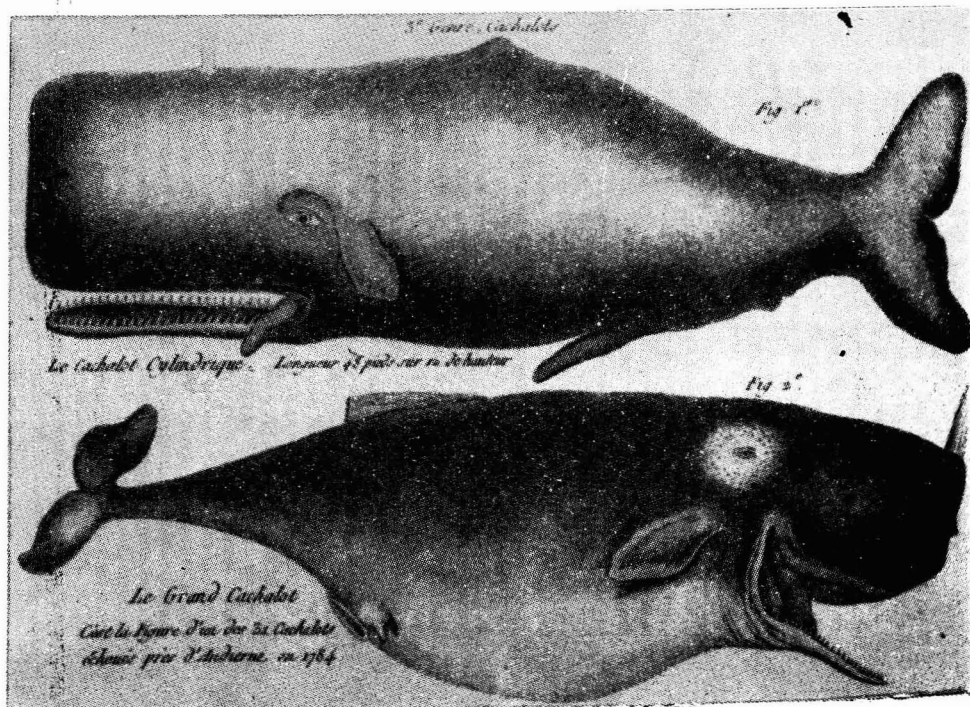
frio... estoy temblando! Así resume Melville el orgullo del capitán, y el castigo que encierra. Al hacerlo, le da una resonancia que entronca a *Moby Dick* en la más rica tradición ético-literaria. El mal de Ajab es la *hybris griega*, el orgullo excesivo que destruye la armonía entre el hombre y el mundo. *Hybris*, sinónimo de transgresión y de injusticia, era opuesto por los griegos a *dyké*, el espíritu de la justicia, y a *sofrosyne*, la actitud espiritual consistente en no perder de vista los límites del hombre. Si *hybris* supone herir al semejante, supone también retar a los dioses. La voz de Darío en *Los Persas* de Esquilo bien podría servir de epígrafe a *Moby Dick*: *"Pues al florecer hybris el fruto es la ceguera, cuya cosecha es rica en lágrimas... Zeus castiga con la venganza a la soberbia excesiva y exige cuentas estrictas."*

Pero *hybris* —explica Tucídides en *La guerra del Peloponeso*— alienta el espíritu optimista de la empresa entre las grandes masas. Calculemos, dentro del contexto de *Moby Dick*, el alcance de esta sabiduría clásica: Melville es el escritor que despoja al norteamericano de su inocencia y lo hace ingresar al mal, al orgullo y a la transgresión. Pero que, al mismo tiempo, alimenta su optimismo activista. Lo cierto es que, si para nosotros Ajab representa un extremo negativo de la condición humana, muchos lectores de la patria de Melville, más ajabistas que Ajab, ven en el personaje una espléndida afirmación de los valores individualistas y en la ballena blanca el símbolo de un mal tenebroso. No obstante, Melville es el primer escritor norteamericano que niega el optimismo sobre el que se fundaron los Estados Unidos. No olvidamos a Poe, cuya visión, sin embargo, resulta demasiado privada al lado de la gravedad de Melville. Fuera de estas excepciones, el escritor norteamericano es un agente del canto al optimismo individualista, filtrese éste en la criba de Emerson, Thoreau o Whitman. Al pueblo que Jefferson designara como *el elegido de Dios*, al pueblo que jamás había experimentado el fracaso, al pueblo que se sentía el accionista del futuro, opone Melville

la visión de los excesos a que ese conjunto de certezas puede conducir: el poder sin responsabilidad; al orgullo cegador; a la sustitución de los fines verdaderos del hombre por fines falsos, meros fetiches singulares; al sacrificio del bien colectivo en aras de la libertad abstracta del individuo; a la división simplista de la vida histórica en una lucha maniquea entre los buenos —los Estados Unidos— y los malos —los que se oponen a los Estados Unidos—; al destino manifiesto; a la "soledad en la muchedumbre", al atomismo inorgánico; a la confusión entre la opinión particular y la verdad general; a la incompreensión radical de la verdad ajena, toda vez que ésta no encaja dentro de la visión particular de las cosas que posee un norteamericano: en consecuencia, la verdad de los demás es sospechosa y debe ser destruida. Sí: en nuestros días, el capitán Ajab sigue viviendo.

Pero a mediados del siglo XIX, el libro de Melville no concordaba con la cosmovisión norteamericana. A su fracaso estruendoso siguió la vida oscura del autor, el olvido, la muerte más solitaria. Solamente en nuestro siglo, cuando Dos Passos, Faulkner y Dreiser, Anderson y Lewis, Beard y Veblen y Mills, han dado mala conciencia al norteamericano, pudo resurgir de sus cenizas *Moby Dick*, libro fénix del país que se despide, para siempre, de la inocencia.

La percepción melvileana de los extremos peligros del individualismo maniqueo, gnóstico y prometeico, sólo es superada, en la literatura del siglo XIX, por Dostoyevski. No en balde es siempre la transgresión suprema, el crimen, el tema recurrente y profundo en la obra del ruso. Y no en balde es *hybris* el caldo en el que germina el crimen: Raskólnikov, Stávroguin, Verjovenski, Iván Karamázov. Pero si en Dostoyevski el transgresor puede, al fin, asumir su culpa y redimirse en el castigo —si puede, además, encontrar una persona o todo un pueblo, Sonia o los rusos, que compartan la purgación con él— en Melville nadie la asume, y todos los tripulantes del "Pequod" van a estrellarse contra el lomo y la mandíbula de la ballena y a hundirse bajo la gran mortaja del



"clasificación minuciosa de las ballenas y de su historiografía"

EL MORALISTA CONTRA EL POETA: FEDERICO FELLINI

Por Boleslaw MICHALEK *

II

EL INFANTILISMO DE LOS "VAGOS" (I VITELLONI)

DE ESA MANERA Fellini crea una realidad substituidora que no es la imagen del mundo, sino una obra construida de los recuerdos nebulosos, de fragmentos de observaciones y de imaginarias equivalencias de situaciones. He aquí el teatro donde transcurre el drama de todas sus obras. Es necesario subrayar, puesto que se trata del punto más importante de la presente demostración, que todos los elementos de ese mundo: las situaciones, los héroes, sus temas revueltos, son dirigidos por una lógica única: la de su autenticidad autobiográfica. Frente a cualquier sistema moral resultan neutrales, compuestos desinteresadamente. Fuera de la lógica de la reminiscencia caprichosa ninguna otra es obligatoria; ni filosófica ni moral.

¿Qué aspecto tiene, pues, ese mundo "sustituido"? A pesar de lo nebuloso de la imagen, se puede, nos parece, definir ciertas características de ese mundo. Los vagos son gentes de unos treinta años de edad, pero que, como los niños, no están fundamentalmente adaptados a la vida contemporánea. Se encuentran fuera de su mecanismo, se niegan a tomar parte en ella, esperan algo. La prueba de contraer el matrimonio y de ponerse a trabajar, hecha por Fausto, acaba en realidad trágicamente: a pesar del regreso al lado de su esposa y a la situación normalizada, permite suponer que eso no durará mucho tiempo. Los vagos están llenos de incertidumbres, son in-

consecuentes; lo que en un momento dado es un argumento en pro, poco después se vuelve un argumento en contra. La mejor definición para ellos es el término infantilismo. Tienen la sensibilidad infantil frente al mundo que los rodea y la falta de dominio propia de los niños. Por la cara poco tranquilizadora de Alberto Sodi corren las lágrimas inmediatamente después de una explosión de coraje, tiene un ataque de aburrimiento, de desilusión, de alegría febril. A cada momento los vagos pasan de un humor al otro, olvidando lo que sucedió hace un minuto. Son crueles como los niños y momentos después indefensos como los niños. El incidente, cuando van en el automóvil y de pura maldad amenazan a los trabajadores, para huir de miedo a poco rato, es la llave para definir su psicología.

Así es que los vagos no están adaptados a la vida. Una cosa característica: una de las escenas más elocuentes, de *I Vitelloni* es la del baile y la que la precede, la escena en que se están disfrazando. El momento de disfrazarse constituye más tarde el motivo predilecto de Fellini. En eso se manifiesta esa fundamental inconformidad del héroe con el mundo. El héroe se tiene asco a sí mismo, trata de huir de sí aunque sea de su envoltura exterior; quiere pasar a otra región de la existencia sintiéndose innecesario en este mundo. Cuando preguntaron a Fellini cuál era el motivo simbólico, contestó: "para mí el hecho de disfrazarse, de hacerse pasar por otra persona, es de cierto modo una representación transportada del sentido de la vida, es la búsqueda de una situación en la que el hombre dispone de un alivio perfecto, en la que se vuelve irresponsable." ¹ La alegría, una cierta expresión de felicidad en las caras de los vagos du-

*Boleslaw MICHALEK. Presidente de la Asociación Polaca de Críticos Cinematográficos, miembro del jurado de la Asociación Internacional de Críticos Cinematográficos a la II Reseña Cinematográfica Mundial de Acapulco.

mar. Todos somos responsables de todo ante todos. El gran centro vital dostoyevskiano no rige en el mundo de *Moby Dick*. Sin embargo, sólo esto decía, en su media lengua, Queequeg. Sólo esto el Padre Maple cuando, en el magnífico sermón inicial, indica la dificultad de cumplir los mandatos de Dios: para obedecerlo, debemos desobedecernos a nosotros mismos. Melville, como los grandes espíritus del siglo pasado, rasga el velo opaco del positivismo y de la buena conciencia burguesa para abrir paso, nuevamente, a los problemas radicales del hombre. Es, como Marx, Dostoyevski y Nietzsche, nuestro contemporáneo.

¿Quién se salva del desastre? Ismael, el hombre consciente, tanto de su dignidad personal, como de su finitud. Ismael, contrapunto del orgullo demoníaco de Ajab. Ismael, voz de la solidaridad. Se salva asido al ataúd flotante de Queequeg. Lo recoge el "Raquel", el barco que, en la búsqueda afanosa de sus hijos náufragos, sólo encontró un huérfano más. A la oscura necesidad que rige a Ajab, Ismael opone azar, libre albedrío, necesidad: triple trama de la libertad humana que, lejos de contradecirse, se entrecruza. Al individualismo autosuficiente del capitán, Ismael, en su amistad con Queequeg el salvaje, en su trabajo cotidiano, opone la solidaridad como bien supremo: la capacidad de compartir con otros las vicisitudes de la precaria condición del hombre. La inteligencia de Ajab es demasiado aguda para que deje de observar este hecho. Cuando una ballena anónima destroza su pierna de marfil, el soberbio capitán debe acudir al carpintero del barco, exclamando: ¡Oh, vida! Aquí me tienes, altivo como un Dios griego, y sin embargo, en deuda con este necio por un hueso para poder tenerme en pie. ¡Maldita interdependencia entre mortales. Pero el orgullo impide que la inteligencia obre de manera congruente: la *hybris* de Ajab supone el desprecio del hombre; para el capitán, la condición constitutiva del hombre es la sordidez. Ajab es el asesino del gran sueño norteamericano de fraternidad.

El orgullo de Ajab, al fin, cobra un carácter claramente demoníaco. Al fraguarse el arpón destinado a *Moby Dick*, los tres arponeros paganos, a instancias de Ajab, se abren la carne para bautizar el fierro con su sangre. Estas son las palabras sacramentales del capitán: *Ego non baptizo te in nomine patris, sed in nomine diaboli*.

Estamos ante la disyuntiva de Melville. Escoge —nos dice el autor de *Moby Dick*— escoge entre tu persona y tus hermanos. El primer camino te conducirá, detrás de una aparente plenitud egoísta, a la irrealdad y a la dispersión del mundo y de ti mismo. El segundo, a salvar en verdad tu precaria situación, a reconocer al mundo y a los hombres, a contar con ellos y a permitir que ellos cuenten contigo. Ésta es la doble vertiente de la vida. Escoge. Éste es el Ecuador que divide al doblón de oro.

Ésta es la historia de la lucha del capitán Ajab contra *Moby Dick*, la ballena blanca.*

*Introducción a *Moby Dick*, por Herman Melville, que próximamente publicará la U.N.A.M., en su colección "Nuestros Clásicos", dirigida por Pablo González Casanova.



II Bidone.—"debió haber sido una advertencia para el mismo Fellini"